

La educación y la política en
México.

Daniel Cosío.

México tiene necesidad de la opinión de los extranjeros: su vida social es lo bastante reciente y original para que cada opinión, especialmente la extranjera, despierte gran curiosidad e interés. Desgraciadamente hasta ahora casi la mayor parte de las opiniones han sido desfavorables. La causa general de esto es que el mexicano, por su parte, enseña al extranjero lo que tiene de peculiar; el extranjero, por la suya, no considera como valioso sino aquello que es semejante a su civilización. Por eso el mexicano, ya que concede tanto valor a las opiniones de fuera, debiera cambiar su táctica de propaganda nacional y mostrar al extranjero su capacidad para hacer y repetir lo europeo. El extranjero debe corregirse también, y pensar que la civilización de México es fruto de condiciones especiales, hasta cierto punto únicas, y que pueden existir en éste, cosas distintas a otros países y, ~~que~~ no obstante eso, ^{que} tengan un gran valor social, tal vez superior.

Uno de los casos verdaderamente típicos de esta clase de errores mutuos lo proporcionan los sistemas educativos mexicanos: el mexicano muestra sus escuelas al extranjero y éste se forma mala opinión de ellas, porque no son semejantes a las de su país. En realidad hay injusticia y torpeza en el extranjero, quien exige del mexicano una copia fiel de sus modelos educativos, políticos, artísticos, etc., sin ponerse a considerar que hay cosas estrechamente ligadas a la vida de una nación y que son fruto de ella; que si todas las instituciones sociales de México fueran iguales a las europeas, seguramente que gran parte de ellas serían inútiles por artificiales. Serían europeas, es verdad; pero sin ninguna importancia práctica, sin raíces que se

hundieran en la tierra en que descansan.

Las escuelas en México no pueden ser sino mexicanas porque pocas instituciones están tan íntimamente ligadas a la vida general del país como las ~~escuelas~~^{educativas}. La política y la escuela siguen en México caminos paralelos, de tal modo que a determinado momento social corresponden métodos, problemas, instituciones educativas semejantes al momento y distintas de las anteriores. En México la educación no es cosa que se hace desde el punto de vista de la discusión técnica o simplemente pedagógica, sino que, por el contrario, forma parte de los problemas vitales del país, en igual plano que los problemas económicos, financieros, políticos o internacionales. Los planes de estudio, los reglamentos escolares, el nombramiento de profesores, la orientación general de la enseñanza, en suma, no se hace en el silencio y el apartamiento del claustro universitario, en donde señores de edad avanzada, que no tienen una vida agitada, dictan y discuten con toda tranquilidad la conveniencia de tal o cual medida. En México todo eso se hace a la luz pública, aceptando las opiniones, los consejos, las críticas y aún las violencias de todos.

Esta situación curiosa de la escuela mexicana se debe a condiciones particulares en que se encuentra colocada. En otros países la escuela es algo que está aislado de la vida inquieta y ruidosa del resto de la sociedad. El rector de la Universidad, los jefes de departamento, los profesores, son individuos consagrados exclusivamente a la enseñanza y la enseñanza exige siempre una dedicación completa al estudio y el estudio pide una cosa esencialmente: retiro, paz, tranquilidad, que no se pueden conseguir en medio de la calle, sino en el gabinete o laboratorio de trabajo, a las orillas de la ciudad o en un quinto piso, sitios hasta donde no llegan los ruidos molestos del tráfico diario de una vida llena de luchas y de escándalo. En México,

por el contrario, la escuela ocupa la misma situación que todas las demás cosas: sus edificios están abiertos de par en par y todo el que pasa por la calle puede entrar a gobernar una escuela. No hay reglamentación que impida hacerlo, porque no hay requisitos bien determinados para ocupar un puesto en la enseñanza. La reglamentación de cualquier institución significa siempre una barrera que la separa de otras instituciones. En México no existe reglamentación y la poca que hay se viola. La escuela, pues, está en el corazón mismo de la sociedad, y por eso recibe de ésta influencias directas que se reflejan en cambios bruscos, en situaciones violentas, en desorientaciones; pero, también, en una vida intensa y profunda, y completamente al compás de la vida de la nación entera.

Esta es la situación; este el hecho, que tiene inconvenientes iguales a los que tiene un hombre que por su temperamento, por su educación, por sus hábitos, es inquieto, nervioso, y que no teniendo ni tiempo ni costumbre, cada vez que va a obrar, de buscar, serenamente, todos los antecedentes de su acción futura y todas las consecuencias de ella, se decide a dar soluciones rápidas, un poco a ciegas. Tiene también todas las ventajas peculiares a ese hombre, que vive, aunque agitadamente, que está dentro del mundo, de sus necesidades y sus exigencias, que no sacrifica el futuro al presente, sino que, llevado por su naturaleza, por su instinto muchas veces, marcha siempre a saltos, aún cuando a riesgo de tropezar o de caer en alguna ocasión.

La Escuela en México, se ha dicho, sigue de cerca la vida política del país, y como ésta es agitada y variable en extremo, también a la escuela le falta una marcha regular y estable. Esto, para un extranjero superficial, puede parecer monstruoso, ya que lo natural, y, también lo superficial, es que la enseñanza, que representa la tarea más noble del individuo y del Estado, exige cierto alejamien-

to de las pasiones, de las intranquilidades de la vida política. Los mejores políticos no parecen, ciertamente, los mejores educadores, y también parece muy natural, y superficial, repetimos, que el sabio sea torpe en las actividades políticas.

Eso es cierto, natural, en un país que tiene hecha su vida; en un país que por su raza o por otra circunstancia, no siente demasiado los problemas de la vida; en un pueblo, en suma, que ha llegado a tener una vida regular, que, después de todo, quién sabe si encierre la dicha verdadera y signifique la solución moral más deseable a las exigencias sociales. Pero en México las cosas son y tienen que ser de un modo distinto: se trata de un pueblo joven, que tiene sobre sí un fardo increíble de errores, de vicios, y, consiguientemente, de problemas. México es un país original, un país que, hasta cierto punto, contradice las reglas generales: hay aquí una preocupación tan honda, tan firme, tan clara, por los problemas espirituales, que no se explica sino por la torpeza del extranjero que nos visita, cómo ninguno de ellos ha advertido cuál es la situación verdadera del país, cuál la raíz misma de los problemas todos que nos agobian. Por eso alguno de esos extranjeros, un francés, al querer dar en una sola frase, ~~que quiere ser~~, por supuesto, magistral, la idea definitiva de la situación y de la solución del caso México, dice de modo cruel: lo único que necesita el mexicano es comer.

Mucha verdad hay en esto y sería absurdo no darse cuenta de que en México falta una industria más seria ~~que~~ ^{de} la que existe; que la explotación agrícola se hace con métodos poco modernos y apropiados; que faltan vías de comunicación fáciles, numerosas y baratas; en fin, que no hay muchas cosas que signifiquen comida. Esto es verdad y verdad evidente si se dice como la ha dicho Le Jeune: México necesita comer; pero no es ciertamente lo que más se desea en México.

Y he aquí lo original de México: el mexicano, en 1910, cuando se dió cuenta de la falsedad de su situación espiritual, de la falta de una verdadera libertad política, de una igualdad realmente igual para todos, en la justicia, en la educación, en la política, ha ido a la revolución, de modo consciente y voluntario, con el sólo objeto de resolver sus problemas espirituales, sabiendo de antemano que con esas luchas algunas vidas se iban a segar, que su industria incipiente, que su agricultura raquílica, en fin, que las pocas comodidades materiales que había adquirido en los célebres treintaicinco años de paz porfiriana, los iba a perder y que esa pérdida le costaría hambres y momentos de tribulación. Y así ha seguido el mexicano durante 12 años y es probable que siga toda la vida si no conquista alguna vez de un modo cierto sus libertades y su igualdad política. La industria, la agricultura, las vías de comunicación, los alojamientos, todo esto que es comida, importa, claro, al mexicano; pero, relativamente, le importan más los problemas políticos, los económicos en cuanto que son morales, los educativos, los artísticos, los problemas espirituales, en fin. He ahí- pensará el extranjero, sobre todo si es sajón- un pueblo raro, un pueblo de quijotes, de románticos, un pueblo absurdo, de locos, si se quiere. Y bien, aceptemos todos esos calificativos como ajustados a la verdad; pero, al mismo tiempo, aceptemos el hecho de que existe ese pueblo y que conviene más entender su situación y dejarle hacer su vida propia, y no, de modo torpe e injusto, querer someterlo a moldes europeos de civilización, sin considerar antes si ellos son lo bastante apropiados para contener la vida de un pueblo de gran vitalidad y singulares energías.

¿Tiene algo de extraño, después de lo que se ha explicado, el hecho de que la educación no sea en México el resultado de las disputas-en petit comitée-del rector de la universidad, de algunos

profesores-sino que, por el contrario, la educación, el máximo problema espiritual-esté dentro de todas las agitaciones públicas y que las escuelas estén, por los mismo, dentro de un movimiento continuo y agitado, recibiendo las influencias de todos, influencias a veces buenas y, otras, muy malas? ¿Se puede exigir, sensatamente, que en México se copien los modelos extranjeros de escuelas y libros, de profesores y programas?

Conviene, seguramente, que la marcha de las escuelas sea más regular, que el advenimiento de un gobierno, no produzca cambios bruscos en los programas de estudio ni en el cuerpo de profesores; conviene, además, que el profesor sea más profesor que otra cosa, para que teniendo medios de vida suficientemente estables pueda dedicarse seriamente a sus estudios; conviene, en suma, que exista la regularidad, en cuanto significa tiempo para pensar bien las cosas, para realizarlas mejor, para prever, para mejorar. Esto se consigue con una reglamentación que marque de modo claro los requisitos para ser secretario de educación, rector de la universidad, profesor; que marque, igualmente, las atribuciones de las academias de profesores, del consejo universitario, de los consejos de educación, etc. Interesa, y mucho, separar un poco la escuela de la vida política, siempre incierta y violenta. Pero, desde luego, eso no puede hacerse actualmente y, después, no sería deseable que esa reglamentación fuera tan rigurosa que se cerraran todas las puertas de las escuelas para impedir que llegaran los aires de fuera. Pero si el resultado de esa reglamentación fuera producir, por ejemplo, una universidad como la yanqui, o como la francesa o aún como la española, una institución así, en México, sería tan fría, tan rígida, que no serviría para nada, y perjudicaría al producir hombres que bien pudieran ser muy sabios, pero que, de todos modos y justamente por su sabiduría, por sus estudios, estarían alejados de las necesidades y de los problemas so-

ciales del país. Esto sería desastroso, porque en México no hay una gran población ni una división del trabajo muy adelantada, de tal modo que el país exige los esfuerzos de todos y la concentración de ellos en el examen de problemas que interesan al país: los problemas sociales y el de la educación, en primer término.

Por eso, justamente se ha dicho antes, la reglamentación completa de la escuela, su aislamiento de la vida política toda del país, no puede llevarse a cabo en la actualidad: porque en los momentos en que la orientación fundamental de la educación no se ha resuelto, se necesita la opinión, el consejo de todos, y, también la discusión agitada, violenta, que implica siempre y demuestra siempre que la discusión no es académica, que el problema que se discute no es un problema que se inventa, sino un verdadero problema en cuya solución está el interés de todo el pueblo. Si en el problema educativo de México como en el de todo país, se ventilan intereses de todo el pueblo, si, por otra parte, es el pueblo el que paga escuelas y profesores ¿con qué derecho se le niega al pueblo, a uno sólo de sus componentes la posibilidad de emitir su opinión?— Es que no todos son capaces, dirá alguien. Mentira: cuando el problema es profundo, cuando se refiere a la vida y en el se juega la vida, todo el mundo es capaz, del mismo modo, ni más ni menos, que en el problema de la defensa material de la vida cada uno encuentra la mejor solución.—Para México la educación es una cosa de vida o de muerte, y por eso la discusión de los problemas educativos se hace con violencia y con agitación, con interés, vitalmente, intensamente, como que de hombres se trata.